

DOMINGO II DE ADVIENTO “C”

«El Señor vendrá...»

Ba 5, 1-9:

Sal 125:

Flp 1, 4-6.8-11:

Lc 3, 1-6:

«Dios mostrará su esplendor sobre tí»

«El Señor ha estado grande con nosotros»

«Manteneos limpios e irreprochables para el día de Cristo»

«Todos verán la salvación de Dios»

I. LA PALABRA DE DIOS

En el texto de **Baruc** contemplamos que «**Dios se acuerda de nosotros**», «**nos ama**», nos conduce por los caminos de la historia, en medio de tribulaciones y dificultades, como un Dios salvador y liberador en Jesucristo.

«**En el año... Judea... Galilea...**» El evangelio nos da unos datos histórico-geográficos que subrayan la verdadera inserción de Jesús en la historia humana, y la importancia de Juan el Bautista. Con su mentalidad de historiador, san **Lucas** tiene mucho interés en precisar los datos históricos de la predicación del Bautista. La palabra de Dios acontece. No se nos habla de algo irreal, abstracto o ajeno a nuestra historia. Dios interviene en momentos concretos y en lugares determinados de la historia de los hombres. También de la tuya. Quizá ahora mismo, en este preciso instante...

«**Vino la palabra de Dios sobre Juan**». Se subraya la actividad de san Juan Bautista como punto de partida de la misión de Jesús; hasta para elegir al sucesor de Judas era condición haber sido testigo de la vida de Jesús, «*empezando desde el bautismo de Juan*».

«**Un bautismo de conversión**». La misión de Juan ha estado marcada por esta llamada incesante a la conversión. También la Iglesia ha recibido este encargo. Y esta llamada no siempre nos resulta grata; nos escuece, nos molesta... Y sin embargo, la llamada a la conversión es llamada a la vida. Las tres lecturas convergen en un mismo mensaje: Esperanza.

Sólo mediante la conversión será realidad que «**todos verán la salvación de Dios**». Convertirnos es en realidad despojarnos del vestido de luto y aflicción y vestirnos las galas perpetuas de la gloria que Dios nos da.

«**Elévense los valles, desciendan los montes y colinas**». La esperanza del adviento quiere levantarnos de los valles de nuestros desánimos y cobardías, y abajarnos de los montes de nuestros orgullos y autosuficiencias. Quiere ponernos en la verdad de Dios y en la verdad de nosotros mismos. Quiere conducirnos a no esperar nada de nosotros mismos, y al mismo tiempo a esperar todo de Dios, a esperar cosas grandes y maravillosas porque Dios es grande y maravilloso.

«**Esta es nuestra confianza: que el que ha inaugurado entre vosotros una empresa buena, la llevará adelante hasta el día de Cristo Jesús**». La salvación anunciada se realizó y se realiza hoy en Cristo (**Filipenses**).

II. LA FE DE LA IGLESIA

Los preparativos para la venida del Salvador (552-524)

La venida del Hijo de Dios a la tierra es un acontecimiento tan inmenso que Dios quiso **prepararlo durante siglos**. Ritos y sacrificios, figuras y símbolos de la "Primera Alianza", todo lo hace converger hacia Cristo; anuncia esta venida por boca de los profetas que se suceden en Israel. Además, despierta en el corazón de los paganos una espera, aún confusa, de esta venida.

San Juan Bautista es **el precursor** inmediato del Señor, enviado para prepararle el camino. «*Profeta del Altísimo*», sobrepasa a todos los profetas, de los que es el último, e inaugura el Evangelio; desde el seno de su madre saluda la venida de Cristo y encuentra su alegría en ser «*el amigo del esposo*» a quien señala como «*el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*». Precediendo a Jesús «*con el espíritu y el poder de Elías*», da testimonio de Él mediante su predicación, su bautismo de conversión y finalmente con su martirio. Celebrando la natividad y el martirio del Precursor, la Iglesia se une al deseo de éste: «*Es preciso que Él crezca y que yo disminuya*».

Al celebrar anualmente la **liturgia de Adviento**, la Iglesia **actualiza** esta espera del Mesías: participando en la larga preparación de la primera venida del Salvador, los fieles renuevan el ardiente deseo de su segunda venida.

La virtud de la esperanza (2090-2092)

Cuando Dios se revela y llama al hombre, éste no puede responder plenamente al amor divino por sus propias fuerzas. Debe esperar que Dios le dé **la capacidad** de devolverle el amor y de obrar conforme a los mandamientos de la caridad. La esperanza es la **espera confiada** de la bendición divina y de la visión bie-

naventurada de Dios; es también el **temor de ofender al amor** de Dios y de provocar el castigo.

Los **pecados contra la esperanza**, son la desesperación y la presunción. Por la **desesperación**, el hombre deja de esperar de Dios su salvación personal, el auxilio para llegar a ella o el perdón de sus pecados. Se opone a la Bondad de Dios, a su Justicia —porque el Señor es fiel a sus promesas— y a su Misericordia. Hay dos clases de **presunción**. O bien el hombre presume de sus capacidades —esperando poder salvarse sin la ayuda de lo alto—, o bien presume de la omnipotencia o de la misericordia divinas, —esperando obtener su perdón sin conversión y la gloria sin mérito—.

La esperanza, virtud teologal (1817-1821)

La esperanza es la virtud teologal por la que **aspiramos** al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra **confianza** en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo.

La virtud de la esperanza responde al **anhelo de felicidad** puesto por Dios en el corazón de todo hombre; **asume** las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las **purifica** para ordenarlas al Reino de los cielos; **protege** del desaliento; **sostiene** en todo desfallecimiento; **dilata** el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza **preserva** del egoísmo y **conduce** a la dicha de la caridad.

La esperanza cristiana se manifiesta desde el comienzo de la predicación de Jesús en la proclamación de las **bienaventuranzas**. Las bienaventuranzas elevan nuestra esperanza hacia el cielo como hacia la nueva tierra prometida; trazan el camino hacia ella a través de las pruebas que esperan a los discípulos de Jesús. Pero por los méritos de Jesucristo y de su pasión, Dios nos guarda en «*la esperanza que no falla*» (Rom 5,5). La esperanza es «*el ancla del alma*», segura y firme, «*que penetra...adonde entró por nosotros como precursor Jesús*» (Hb 6,19-20). Es también un **arma** que nos protege en el combate de la salvación: «*Revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación*» (1 Ts 5,8). Nos procura el gozo en la prueba misma: «*Con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación*» (Rm 12,12). Se expresa y se alimenta en la **oración**, particularmente en la del Padre Nuestro, resumen de todo lo que la esperanza nos hace desear.

Podemos, por tanto, **esperar la gloria del cielo** prometida por Dios a los que le aman y hacen su volun-

tad. En toda circunstancia, cada uno debe esperar, con la gracia de Dios, **perseverar hasta el fin** y obtener el gozo del cielo, como **eterna recompensa** de Dios por las obras buenas realizadas con la gracia de Cristo. En la esperanza, la Iglesia implora **que todos los hombres se salven**. Espera estar en la gloria del cielo unida a Cristo, su esposo.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«El Verbo de Dios ha habitado en el hombre y se ha hecho hijo del hombre para acostumbrar al hombre a comprender a Dios y para acostumbrar a Dios a habitar en el hombre, según la Voluntad del Padre» (S. Ireneo de Lyon).

«Cada uno de nosotros estaba torcido. Por la venida de Cristo, ya realizada, lo que estaba torcido en nuestra alma se ha enderezado. ¿De qué te sirve a ti que Cristo haya venido históricamente en la humanidad si no ha venido también a tu alma? Roguemos pues para que cada día se realice en nosotros su venida de manera que podamos decir: Vivo, pero no yo; es Cristo quien vive en mí» (Orígenes).

«Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin» (S. Teresa de Jesús).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*Preparemos los caminos
ya se acerca el Salvador
y salgamos, peregrinos,
al encuentro del Señor.*

*Ven, Señor, a libertarnos,
ven tu pueblo a redimir;
purifica nuestras vidas
y no tardes en venir.*

*El rocío de los cielos
sobre el mundo va a caer,
el Mesías prometido,
hecho niño, va a nacer.*

*Te esperamos anhelantes
y sabemos que vendrás;
deseamos ver tu rostro
y que vengas a reinar.*

*Consolaos y alegraos,
desterrados de Sión,
que ya viene, ya está cerca,
él es nuestra salvación. Amén.*